

ANOTACIONES ACERCA DEL EJERCICIO DE PODER MEDIANTE LAS ACTITUDES

Análisis de dos textos de historia colombiana del siglo XIX

Una actitud es una «disposición de ánimo manifestada exteriormente»¹, una «disposición» en el sentido de aquella «manera de estar alguien dispuesto a comportarse u obrar».² Las actitudes, por lo tanto, expresan sistemas de valores, motivaciones cuya característica es la de guiar la forma como las personas se comportan y, además, permiten explicar ese comportamiento.

Actitudes y sistemas de valores son algunos de aquellos «fenómenos básicos» que, como tales, poseen una «dimensión política en el sentido de una relación con el poder», como nos muestra Jacques LEGOFF.³ En qué consiste tal relación con el poder lo podemos apreciar a través del análisis de Michel FOUCAULT en «El sujeto y el poder».

Según Foucault, el sujeto humano está situado en relaciones de tres órdenes: de producción, de significación y de poder (p.86). El poder es algo que se ejerce y por lo tanto pone en juego relaciones entre individuos o entre grupos, en forma tal que ciertas personas ejercen poder sobre otras (p.96) ejecutando ciertas acciones que modifican las acciones de otro u otros (p.98). De ahí que el poder viene a ser un problema de gobierno en el sentido de aquella manera como la conducta de los individuos o de los grupos puede ser dirigida (p.99).

Una actitud puede ser entendida entonces como una acción que incide en los actos de los otros y permite así gobernarlos. Es un poder que circula como rechazo o aceptación de la acción de otro, es una acción que expresa la identidad del actor, sus necesidades, sus objetivos, su forma de relacionarse con otro.

Considera Foucault que en los actos por los cuales se resiste a un poder es donde mejor se puede apreciar éste, las relaciones que establece, la posición en que se localiza,

el punto en el cual se aplica, los métodos de aplicación (p.88) y que un análisis del poder debe establecer los sistemas de diferenciaciones que permiten a alguien actuar sobre las acciones de los otros, los tipos de objetivos que persiguen quienes actúan sobre las acciones de otros, los medios que dan origen a las relaciones de poder, las formas de institucionalización que logran y los grados de racionalización que permiten entrever la posibilidad de lograr los objetivos buscados (p.104).

Partiendo de estos supuestos me propongo analizar dos textos de historia colombiana del siglo XIX: apartes de la obra “El Régimen de Santander en la Gran Colombia” de David BUSHNELL y el libro “Partidos Políticos y Clases Sociales” de Germán COLMENARES; tal estudio permite identificar los agentes de formas de poder expresadas en ciertos tipos de actitudes que inciden en otros y que dejan apreciar las clases de «diferenciaciones» desde las cuales ejercen ese poder, sus objetivos y los medios de que se valen.

El análisis de los cinco capítulos iniciales de la obra de Bushnell, referentes a la conformación de la Gran Colombia y a los aspectos de reforma política, problemas administrativos, legislación y poder judicial, así como a los conflictos personales y de partido durante la primera fase del régimen comandado por Francisco de Paula Santander, muestra los siguientes actores: masa, granadinos y venezolanos, llaneros, pastusos, criollos y españoles, caracterizados básicamente desde un punto de vista sociogeográfico; federalistas, constitucionalistas,

¹ Diccionario Larousse

² María MOLINER. Diccionario de Uso del Español.

³ «Es la Política todavía el esqueleto de la historia?», en: Lo Maravilloso y la Cotidiano en el Occidente Medieval, p.173.

santanderistas, nariñistas, diputados, funcionarios menores y órganos del Estado, desde el punto de vista político y gubernativo, y varios personajes: Simón Bolívar, Santander, Antonio Nariño.

Los primeros portan indicios acerca de procesos de identificación de tipo local, regional y, en alguna medida, nacional, y anticipan una idea de las actitudes de que serán agentes frente a actos de poder que enfrentan tales identificaciones.



Los segundos implican las actitudes más netamente políticas: de partido y de gestión de gobierno.

Las actitudes de tipo político que pueden apreciarse entre estos actores son: apego a tradiciones monárquicas entre algunos criollos y la determinación de anular la condición colonial frente a la monarquía; idealismo en la acción política entre los constitucionalistas y la participación tras un botín entre los llaneros; acogida a los patriotas entre los neogranadinos, patriotismo de estos y los venezolanos, cautela de algunos durante el terror español y desconfianza de los granadinos frente al militarismo venezolano; inclinación al federalismo o antifederalismo y aún odio al federalismo en Bolívar; rencor hacia Nariño; defensa de prerrogativas, ilegalismos en algunas actuaciones, respeto a las libertades civiles, acciones arbitrarias y prudencia en Santander; intensos sentimientos de partido entre

santanderistas y nariñistas, insultos, difamaciones, desconocimiento a quienes en su momento fracasaron en la conducción de la política (los nariñistas, según el criterio de los santanderistas).

Se aprecian actitudes de tipo social: timidez en los granadinos; indiferencia o inconsciencia frente a las iniquidades del sistema colonial entre las masas; desprecio por parte de los españoles; rechazo a Bolívar por su condición aristocrática entre los llaneros; tirantez en la relaciones de venezolanos y granadinos; localismo e ignorancia entre los pastusos; marcado conservadurismo entre los funcionarios menores del gobierno; sentido de pérdida de dignidad entre diputados de Venezuela y Ecuador; ataques al prestigio entre diversos funcionarios menores; poblaciones que sienten como insulto el cambio de dependencia administrativa producido por los reordenamientos territoriales; el regionalismo empleado como medio de obtener adhesiones.

Entre las actitudes de tipo cultural se mencionan: la incivilización de los llaneros, la religiosidad tradicional en los granadinos, la ignorancia e influenciabilidad de las masas por parte de la Iglesia.

No hay ninguna actitud que pudiera ser referida a asuntos de orden económico.

Las actitudes de tipo político muestran de lleno su carácter de confrontación de poderes, ya sea entre monarquía y colonia, ya en los avatares del proceso de emancipación como ocultamiento o patriotismo. O son caracteres portadores de conflicto: idealismo y practicismo extremos, posiciones respecto a la organización del Estado, procederes o emociones personales y de partido.

Las actitudes de tipo social son eminentemente caracterizadoras pero implican, no obstante, una carga de poder y conflicto: desprecio, rechazo, tirantez, pero también autovaloraciones negativas que encierran en sí

la semilla de la lucha: localismo, sentido de pérdida de dignidad, timidez neogranadina que no acoge el militarismo venezolano o indiferencia de unas masas que será confrontada por las élites criollas que necesitan involucrarlas de lleno en la guerra de independencia.



La escasa presencia de actitudes de tipo cultural y la ausencia de las de tipo económico expresan la orientación del análisis emprendido por Bushnell, el estudio de un régimen político-administrativo. Sin embargo las pocas actitudes de este tipo halladas ostentan también su carga de ejercicio de poder y confrontación: la incivilización llanera remite a su poder de oponerse a lo y a los civilizados, haciendo primar sus fines inmediatistas y llevando al intento de someterlos, de gobernarlos; las características religiosas implican la contradicción con fuerzas que propician valores sociales y humanos diferentes.

Las posiciones o «diferenciaciones» desde las cuales resulta posible ejercer estos poderes son: el estatus, la tradición, la cultura o habilidad que se posee o la posición económica.

Cuando se ejerce el poder como derivado del estatus encontramos actores como los españoles, los diputados,

los funcionarios o las poblaciones. Unos y otros derivan de sus posiciones el tipo de interés que, como poder, enfrentan a otros mediante sus actitudes.

Si el puntal es la tradición encontramos como actores a granadinos, criollos, pastusos, las masas, los federalistas, quienes en tales casos recurren al pasado como medio de autoidentificación a partir del cual esgrimen sus actitudes como poderes que confrontan a sus adversarios.

La cultura obra igualmente como un recipiente de valores identificatorios mediante los cuales granadinos, llaneros y masas muestran la faz que les caracteriza ante los otros y que les distingue. Mas en el texto analizado, en tanto que está referido a un proceso de creación política y, en alguna medida, social, lo cultural aparece ante todo como un campo de conformación de nuevas referencias de valor: es una cultura nueva que permite a granadinos y venezolanos, constitucionalistas y diputados, a Santander y sus aliados, elaborar nuevas pautas de acción desde un nuevo universo de valores que está constituyéndose al calor de la lucha.

Encuentro actitudes respaldadas por habilidades en Bolívar y Santander ante todo. Son ellos los más capaces y por ello los más hábiles en el manejo de los procesos que tienen en sus manos.

La posición económica no aparece como respaldo del poder implicado en la actitud más que en un caso: cuando los criollos asumen la determinación de romper su condición de habitantes coloniales porque los imperativos que se desprenden de sus intereses económicos así lo exigen.

Los objetivos perseguidos por estos actores sociales son: mantener sus privilegios, aumentar su riqueza, propiciar la acción de la autoridad.

Pretenden mantener sus privilegios o su situación, asuntos equivalentes en el fondo, las masas, los llaneros y pastusos, granadinos, españoles, funcionarios menores, federalistas, todos ellos apoyados en valores y tradiciones, buscando que su situación no cambie pues en esa medida sus privilegios, así fuesen pocos, se mantienen. Al no arriesgar no se gana pero tampoco se pierde.

Hay una variación en este terreno. Aquella de quienes buscan el cambio para crear privilegios a su favor: la

actitud de los granadinos y venezolanos patriotas, de los nuevos funcionarios menores del gobierno, de santanderistas y nariñistas, de Bolívar y Santander. Este aspecto se aprecia claramente a través de las pugnas por disponer del poder del Estado.

El objetivo de aumentar la riqueza se manifiesta en las actitudes de criollos y llaneros. Los primeros cuando persiguen eliminar su condición de coloniales y los segundos cuando se unen a la lucha de independencia porque se les asegura un buen botín.



Propician la acción de la autoridad Bolívar y Santander, granadinos y venezolanos, cuando buscan con sus actitudes respaldar el surgimiento de las instituciones republicanas, federales o no, pero ante todo de carácter civil.

La obra de Germán COLMENARES analiza las clases sociales y los partidos políticos a partir de la revolución de 1848, las cuestiones económicas en debate -concepción sobre la propiedad territorial, falta de capitales, empleomanía y usura, visión de los comerciantes, aspectos referentes a los trabajadores- y las cuestiones religiosas - el problema político involucrado en los asuntos religiosos, la ambigüedad de conciencia, la moral secular. Acerca del conservatismo señala su «imaginaria antiliberal», los temores, los conflictos entre jefes políticos y propietarios, la visión de los procesos. En la figura de Florentino González resalta su independencia y anglomanía. Muestra las implicaciones de la abolición del monopolio del tabaco en la comercialización de la agricultura y los aspectos sociales involucrados. Se ocupa de la comedia de errores que implicó el «socialismo granadino» y de su utilidad. Aparecen la división liberal entre gólgotas y draconianos, separados como generaciones, y sus debates sobre principios. Figuran, claro está, los artesanos y las Sociedades Democráticas, sus temas, el desengaño de gólgotas y artesanos y el sentido histórico del régimen del general Melo.

En ese contexto, el análisis de las actitudes nos permite ubicar los siguientes actores: habitantes, masas, blancos

y no blancos, clase culta y «gente de valor», jóvenes, en una caracterización de tipo social; burócratas, comerciantes, hacendados, militares, artesanos, usureros, consumidores, clérigos, burgueses, hombres de empresa, especuladores y autores de memorias, desde el punto de vista de los oficios y de los factores económicos; liberales, gólgotas, conservadores, radicales, ex-radicales y miembros de los partidos en general, desde el punto de vista político; criollos o americanos-españoles y granadinos, desde el punto de vista geográfico; los personajes son Mariano Ospina Rodríguez, José Eusebio Caro, José María Samper, Florentino González, entre los principales, y los personajes literarios de Manuela, la novela de Eugenio Díaz; en el plano religioso hay creyentes y «rojos».

En primer término se trata de caracterizaciones que de por sí conllevan una marca de pertenencia, de la cual se deriva algún tipo de diferenciación y aún de oposición. Los oficios y adscripciones económicas señalan un campo ocupado por un cierto tipo de roles complementarios o marcados por oposiciones. Lo político muestra oposiciones o fragmentaciones portadores de conflicto y el factor religioso muestra dos contendientes.

Las actitudes serán entonces de oposición u, ocasionalmente, de apoyo frente a un opositor común. Lo serán también de simple marca de diferencia, que involucra o no conflicto de variado rango.

Las actitudes de tipo político halladas son: civilismo, espíritu de partido, legalismo, optimismo liberal, radicalismo declamatorio, desconfianza frente a las reformas legales, conservatismo rabioso entre los usureros, espíritu conciliador con las tradiciones entre los comerciantes, posiciones ambiguas frente a las enseñanzas católicas e intentos de acercar a la Iglesia como aliada por parte de los radicales, opción por las masas entre los conservadores, desánimo entre sus candidatos, indicios de fallas en los vínculos de partido, ánimo conciliador entre los partidos en Florentino González y desdén frente a las masas, teorismo entre los liberales, suspicacia antisocialista en los conservadores, defensa de una «religión social» en los liberales. Los gólgotas miran a los draconianos como fuerza ya agotada; los ex-radicales consideran que en su momento extraviaron a los muchedumbres y los artesanos ven, en ese entonces, el esquema histórico que les ofrecen los radicales en forma espontánea, infantil y distorsionada y asumen una actitud de lucha luego.

Hay actitudes de tipo social: voluntad de afirmación en burócratas y comerciantes, rechazo de las masas al intento de los radicales por difundir sus ideales, actitud sumisa entre los no blancos, desconfianza entre «burgueses» y militares, temor entre los comerciantes frente al ejército, fatalismo, cobardía, pusilanimidad y ánimo de deserción entre los hacendados, desconfianza frente a los negros, olvido de leyes propugnadas a la hora de convertirlas en práctica social propia, búsqueda de estabilidad entre los conservadores; intransigencia propia de minorías, desdén frente a las masas y austeridad burguesa animan a F. González; hay indignación entre los conservadores que ven atacar sus privilegios, espíritu audaz entre los comerciantes y afirmación incondicional en las nuevas generaciones; mientras los americanos-españoles se mantienen solidarios con el pasado, los artesanos asumen las lecciones de promoción democrática aprendidas y encuentran el resentimiento y la desilusión.

Como actitudes de tipo cultural la ausencia de moralidad y de principios de justicia entre la nueva «clase culta», europeísmo y apego a los hábitos, idolatría católica en unos y rechazo entre los jóvenes, intentos de hacer un idilio del pasado, vivencia de soledad romántica entre los jóvenes, uso de la religión para mantener la opresión entre los clérigos, antipatía frente al permanente culto religioso.

Las actitudes de tipo económico son la frustración y la desmoralización de los primeros empresarios y su escepticismo posterior, delirio especulativo entre los poseedores de dinero, oposición a la explotación de tierras entre los hacendados, sensación de energías liberadas entre los comerciantes, pasividad frente a la necesidad de conseguir capitales entre los conservadores y ánimo activo para conseguirlos entre los comerciantes liberales, timidez industrial, rutina y pereza entre la «gente de valor», preferencia por los artículos extranjeros entre los consumidores, creencia en el «dejad hacer» entre los radicales y optimismo general por los logros asociados a la liberación del estanco del tabaco.



Como vimos a propósito de los actores, sus actitudes en el plano político son también marca de pertenencia, caracterización o vivencias que permiten la autoafirmación entre unos, mientras los otros, los contrincantes, viven la pérdida de confianza y de identidad. Son los casos de radicales y conservadores respectivamente. Una fuerza emergente son los artesanos que enfrentan luego el cierre de alternativas mientras, desde lejos, los ex-radicales aquilatan su fracaso de entonces. Son actitudes portadoras de poder o de pérdida de poder que van aflorando a medida que los diferentes planos de la contienda les enfrentan.

En el campo social, temores, desconfianzas, fatalismo, audacia y empuje son actitudes que expresan la hondura

de los cambios que afrontan los intereses y las inercias de los diferentes sectores sociales.

Extrañamiento ante lo propio y miradas al pasado expresan el conflicto en el plano cultural, siempre como actitud de rechazo y, en esa medida, de capacidad o poder de confrontación. Y hay un campo privilegiado de conflicto en la fuerte oposición implicada en los aspectos de la religión, en razón del manejo político que se hizo de ella.

Las actitudes de índole económica caracterizan los aportes o las carencias de los diferentes actores frente al conjunto;



ellas muestran los sectores que se van imponiendo y los que abandonan o no ocupan un campo que tenían delante. Poderes ejercidos, perdidos o insuficientes.

Las posiciones o diferenciaciones desde las cuales se ejerce el poder son: la ley, la tradición, el estatus, la economía, la cultura.

Se apoya en la ley el civilismo de los liberales gólgotas de 1.848 y los liberales de 1.899 que se niegan a ir a la guerra (abogados y comerciantes cuya actitud les caracteriza psicológicamente ante eventos de esa índole). En el estatus se apoyan criollos, granadinos, hacendados, consumidores de clases medias y altas y los ex-radicales cuando miran las acciones “populacheras”. De la tradición se valen

burócratas y comerciantes para afirmarse, las masas en su rechazo de ideologías nuevas, la generalidad de los habitantes en el apego a sus formas de conciencia, los conservadores en su negativa a cambiar los patrones económicos de sus labores y la «gente de valor» que no se ocupa de innovar la producción. Son valores tradicionales los que dejan aflorar el conflicto de los blancos frente a los negros y de los católicos frente a los «rojos». La tradición permite idealizar el pasado, retroceder en busca de estabilidad y manipular las creencias religiosas amparándose en el respeto al estamento clerical, pero permite también prejuzgar el futuro.

Poderes basados en la tradición? Enormes y multiformes. A cada paso lo constata la historia: que las cosas cambien para que permanezcan igual.

Lo económico es puntal de la nueva fuerza de los comerciantes, apoyados en la evolución de la economía industrial europea. Pero es además soporte para los usureros y especuladores que se valen de los problemas de la economía. En lo económico se basan actitudes optimistas, la audacia de los comerciantes y hasta el teorismo de los liberales, pero también el escepticismo de los empresarios.

Lo cultural es medio de identificación propia cuando asume caracteres de nueva cultura y, en esa medida, de afirmación de las nuevas fuerzas de burgueses, comerciantes, autores de memorias elogiosas, de los contradictores de la Iglesia, de los jóvenes, de los artesanos. Como cultura del extrañamiento es soporte de los europeizantes y de la soledad romántica de los jóvenes pero como cultura del desengaño lo será de los resentimientos del artesanado.

Estos actores sociales persiguen la permanencia de privilegios o cambios que aseguren a los recién llegados privilegios propios, buscan aumento de sus riquezas, actuación de la autoridad o ejercicio de funciones publicas.

En el primer caso vemos las masas, pretendiendo que los cambios no les arrebatan lo poco que poseen, los hacendados y la «gente de valor», los blancos y los creyentes, conservadores y clérigos, mientras buscan reacomodos los burócratas, los comerciantes, los «rojos» que modificando la sujeción popular a la Iglesia fundarían una «iglesia social» que orienta los esfuerzos hacia la economía del dejar hacer; también quieren el cambio jóvenes y artesanos que buscan su lugar.

Aumento de sus riquezas pretenden los hombres de empresa frustrados dirigiendo sus esfuerzos a otros campos y lo buscan también especuladores, comerciantes, usureros y burgueses en general. Saludan la riqueza los beneficiarios de la eliminación del estanco del tabaco y, en términos de riqueza para la sociedad, la postulan los teorismos de los radicales y de F. González, cuando pretende que terminen las afiliaciones partidistas para lograr un acatamiento a los dirigentes que representan una conciencia capitalista.

Se basan en un ejercicio de la autoridad institucional las actitudes de burgueses y comerciantes que buscan una autoridad civil capaz de mantener a raya a los militares y sus afanes guerreros y en el desempeño de funciones institucionales de carácter público los gólgotas civilistas y los criollos concedores de lo jurídico.

Tanto los actores históricos que pone en escena Bushnell como los que actúan en el libro de Colmenares emplean la palabra como medio de expresión de sus actitudes en una abrumadora mayoría.

Bushnell nos muestra a Bolívar, a Santander y a los constitucionalistas apoyándose en las reglas existentes y Colmenares a comerciantes liberales y blancos temerosos de los negros, acudiendo a este medio para dar cabida a sus actitudes de defensa de sus intereses, búsqueda de recursos de capital o mantenimiento de sus formas de dominio según el caso.

Los actores dispuestos a emplear las armas como medio de respaldar sus actitudes son bien escasos. Bushnell nos muestra en tal situación a los incivilizados llaneros y a los localistas e ignorantes pastusos; Colmenares nos ofrece tan sólo el caso de los artesanos en lucha. En todos ellos se trata de actores marginales. Llaneros y artesanos son

huestes que los jefes políticos del momento logran movilizar parcialmente a su favor, los pastusos representan la reacción de los menos dúctiles; todas sus actitudes, solitarias en gran medida frente al contexto general, les orillan a hacerse valer mediante la violencia.

El movimiento de los actores de Bushnell no se sujeta, al trazar la historia política, al simple desarrollo institucional; así lo advierte él mismo: “En toda la historia hay factores personales, quizás irracionales, pero que desempeñan un papel importante en los acontecimientos de trascendencia y esto es particularmente cierto si se habla de la América Latina del siglo XIX cuando el número de actores en la escena política se vio bastante limitado por un precario desarrollo económico y educativo. Aún en los más abstractos problemas, la actitud de un hombre pudo inspirarse fundamentalmente en antagonismos y lealtades personales; en otros casos el problema mismo en el fondo no fue más que un choque de personalidades. El historiador puede sentirse inclinado a dejar de lado los problemas de esta clase por considerarlos de escasa importancia. Sin embargo, atrajeron el interés y suscitaron la polémica durante esa época, y no es exagerado afirmar que sus resultados influyeron en alguna medida sobre el desarrollo de los acontecimientos” (p.82).

Sus personajes son portadores de importantes poderes y los ejercen incluso en sus actitudes más personales.

Colmenares sabe apreciar la expresión de procesos de autoidentificación en actitudes que responden a una pretendida lógica de principios que guían el análisis y la actuación política, pero que resulta confrontada por las valoraciones pragmáticas de los sucesos: la fe vehemente “señala una de las actitudes típicas de la nueva generación. La afirmación incondicionada tendía a una coherencia puramente subjetiva y a evitar contradicciones consigo misma, aunque chocara con el medio. Tales actitudes reflejan el impulso ascendente de una clase cuyas afirmaciones se referían exclusivamente a su propio interés. Los demás intereses sociales debían plegarse a exigencias teóricas cuya validez aparecía como absoluta. Lo objetivo exterior sólo podía tener realidad y oponer su pesantez a conciencias más maduras” (p.166-167). Actitudes portadoras de poderes, de marcada repercusión en la sociedad.

Los actores, las actitudes, los soportes, los objetivos y los medios de ejercicio de poder que se despliegan en las dos obras analizadas guardan necesarias similitudes y también las diferencias debidas a los diversos momentos históricos considerados, pero en ambos casos vemos que el esquema analítico ofrecido por Foucault permite apreciar unos mecanismos que operan con notable claridad. Un tejido adecuado de tales factores ofrece ricas texturas de los procesos políticos, aún en planos tenidos por inocuos como el de las actitudes humanas, puesto que se ha pretendido que priman el fragor de las batallas, el poderío de las instituciones y el determinismo de lo económico.

BIBLIOGRAFÍA.

BUSHNELL, David. El Régimen de Santander en la Gran Colombia. Tercera edición. El Áncora Editores, Bogotá, 1985 (1954). 448 pgs.

COLMENARES, Germán. Partidos Políticos y Clases Sociales. Universidad de Los Andes y Editorial Revista Colombiana, Bogotá, 1968. 190 pgs.

FOUCAULT, Michel. «El sujeto y el poder», post-facio a DREYFUS L. Houbert y Paul RABINOW. Michel Foucault: Beyond Estructuralism and Hermeneutics, 1983. En: Otras Quijotadas. Revista Nro. 2, Medellín, septiembre de 1985, pgs. 85-105.

LE GOFF, Jacques. «¿Es la Política todavía el esqueleto de la historia?». En: Lo Maravilloso y lo Cotidiano en el Occidente Medieval. Ediciones Gedisa, 1986, pgs.163-178.